

nia, é mostrándoles mucho amor, é dándoles á entender que de todo lo mal hecho contra ellos le pessaba mucho; é ofrescióles la enmienda en nombre de Sus Magestades, asegurando sus personas é la restitucion de sus haciendas é mugeres.

Aquel dia hicieron un areyto, é por interpetracion de las lenguas, la sentencia de lo que cantaban era esta: «Damos graçias al sol que ya vinieron nuestros padres, ya vinieron nuestras madres, ya vinieron los yaguitas, nuestros valedores: comamos, bebamos, holguemos, pues de hoy más no tenemos por qué estar tristes ni temerosos».

Á este pueblo envió Ynga al adelantado sus mensajeros, haciéndole saber la causa de su alçamiento, é los malos tratamientos que avia resçebido, robos é fuerças que se le hicieron (cosa de mucha compassion); porque fueron tantos los desafueros, robos é menospreçios que resçibió este señor (seyendo en su tiempo el más temido é acatado príncipe de todos los infieles del mundo), que ni le

dexaron muger ni hermana á quien no forçassen, ni oro que no se tomassen, ni ropa que no saqueassen, ni tierra en que pudiesse haçer sus simenteras. Y en su persona sufrió muy grandes oprobios, allende de los temores que cada dia le ponian, que fueron tan grandes, que enviaba á rogar á los chripstianos qué pensaba que tenia por amigos, que pues estaba çierto que avia de morir, por no poder complir tanta cantidad de oro é joyas como Hernando é Johan Piçarro le pedian (pues ya les avia dado lo suyo é lo de sus principales), que por amor de Dios no le quemassen ni aperreassen, ques muerte entre indios muy aborresçida, sino que le ahorcassen, porque fenesciesse presto.

Á estos mensajeros oyó el adelantado, é no sin mucha tristeza é dolor del Ynga; é hablólos con mucho amor, y dióles algunas cosas de su casa para ellos, y otras de más presçio envió á Ynga; y envióle luego sus mensajeros con otros suyos, y una carta consolatoria, que será el principio del siguiente capítulo.

CAPITULO VIII.

En que se contiene una segunda carta quel adelantado don Diego de Almagro escribió al Ynga, consolándole y exhortándole á la paz; é cómo tractándose las vistas entrellos escribió Hernando Piçarro desde el Cuzco al Ynga que le menta Almagro é que le queria engañar*. En el camino el capitan Paucal le hizo un raçonamiento notable que adelante se dirá: é cómo Hernando Piçarro estorbó tanto, que en conclusion movió las cosas de forma que Almagro fué al Cuzco é lo tomó, é prendió al Piçarro é otros sus amigos.

Muy amado hijo y hermano (Manco Ynga Inpangüe). Destos mensajeros que me enviastes he sabido los malos tratamientos, fuerças, robos, injurias é desacatos que Hernando é Johan Piçarro é otras personas te hicieron, que fueron causa para que no solamente te hiçiesen alçar, mas aun que toviesses de tu vida poca confiança é remedio, poniéndote en

* De este pasage borró Oviedo en el MS. original lo siguiente: «E de la alteracion que causó en el Ynga, é cómo escribió Ynga al adelantado é de

condiçion é camino de perderte. Porque ningun otro pudieras tomar en que más tu destruyçion se aventura, pues pensando salvarte con el poder de gente que tienes, é confiado dél, cometias cosas en grand perjuicio de tu honra é reposso é total perdiçion de tu tierra é asolamiento de tus súbditos y naturales. Y avia otros muchos caminos para te amparar de los

lo que contenia su carta, y se conçertaron las vistas, y yendo á ellas el adelantado», etc.

dichos chripstianos, porque la voluntad del Rey, mi señor é tuyo, es que tú seas muy bien tractado, favoreçido y estimado, como la auctoridad de tu persona y estado lo requiere; é assi por sus cartas é provissions me lo manda, é que seas desagraviado enteramente de los daños resçebidos, é restituydo en tu hacienda y heredades y en tus mugeres y hermanas y en lo demás que te falta de tu casa é hacienda (é á este fin vine con tanta priesa, como te escribí), guardándote toda paz é justiçia. Pero ya que tú, por te librar de tantos agravios, é principalmente de la muerte (que assi temias), hiçiste lo que no quisieras ni debieras, no por esso te tengo agora de desmamparar ni dexar de favoreçerte: antes acordándome de tu amistad (y porque el Rey, mi señor, assi lo manda é quiere), te manterné toda paz é justiçia, castigando los que te fueren culpados, é reformando tus pueblos que tan asolados é perdidos los tienes, favoreçiendo tus naturales y estimando tu persona como de hombre de tanto valor. Por tanto asegura é reposa tu coraçon é juicio, é ten toda buena confiança de tu salud é remedio, que mediante Dios todopoderoso, é viniendo tú de paz (como me enviás á proferir con tu criado), yo te cumpliré lo que digo; y estarás seguro que por los daños passados, assi de muertes de chripstianos, tomas de haciendas é çercas de pueblos, ni por lo demás que tú é tus gentes aveys cometido, no serás castigado ni maltractado. Y para que mejor dés asiento en ello y en lo que más me enviás á decir, yo te ruego mucho me vengas á ver al pueblo de Urcos, donde te aguardaré: que por esta, en nombre del Rey, te aseguro é prometo de te dexar volver cómo vinieres, libre é sin que resçibas ningun daño; y porque más çierto tengas este seguro, yo juro á Dios é á Santa Maria é á esta cruz de lo mantener enteramente. Mira bien lo

que en ello te va, é lo que por la otra te he escripto, que yo no te miento ni deseo tu daño, antes procuro tu reposso: el qual te dé Dios todopoderoso, é alumbre tu juicio para salvar tu ánima é asegurar tu persona y Estado».

Luego se partió el adelantado al pueblo de Urcos, donde Ynga le avia çertificado con su criado que le yria á ver; é todos los pueblos del camino le salieron de paz por su mandado, é assimesmo le envió otros muchos mensajeros ofresciéndole su vista y pronta voluntad para servir á la Çessárea Magestad é para la paçificacion de la tierra. É llegado al pueblo de Urcos (que está seys leguas del Cuzco), le envió otros mensajeros: los quales le dixerón de su parte, que para que conosçiesse que en todo le guardaria verdad, é que no era fingido lo quel adelantado le prometia, como lo avia seydo lo que le enviaban á requerir los chripstianos, debaxo de cuya palabra é ofresçimientos tantos daños é injurias avia resçebido, que le enviase dos mensajeros chripstianos, con los quales se vernía. Y el adelantado le envió á Pedro de Oñate, alguaçil mayor, é á Johan Gutierrez, personas de buen entendimiento é çelosas del real serviçio de Sus Magestades, para que le induçiesen é atraxessen á la paz é á lo que era obligado, é á que fuesse á verse con el adelantado é le confirmassen lo quel le avia escripto. Á los quales resçibió con todo amor é regoçijo é con grand pompa é magestad, é les dió algunas joyas é cosas de las que avia tomado á los chripstianos, que mataron en el camino del Cuzco.

Estando Ynga determinado de le yr á ver otro dia siguiente con los dichos dos españoles, llegó una carta que Hernando Piçarro le escribia (el qual estaba por teniente de su hermano en el Cuzco), en que le decía que por ninguna manera creyesse á Almagro ni fuesse á él, porque

le mentia en todo; que no era gobernador ni tenia poder para él cumplir lo que le prometiese, porque solo su hermano, Francisco Piçarro, avia de gobernar toda la tierra, y él en su nombre, é que se fuesse á él de paz é le perdonaria. Con esta carta Ynga rescibió tanta alteraçion, que mandó cortar las manos al que se la llevó; y estando comiendo, se levantó de la mesa é propuso de matar los mensajeros del adelantado, diciéndoles palabras injuriosas é ayradas como á hombres que pensó que le tractaban engaño. Y estando determinado de los matar, espiró Dios en él para que se consejase con unos españoles que tenia en su poder, los quales avian tomado sus gentes en el camino de Lima, sin otro español que á él se fué huyendo del Cuzco por los malos tractamientos que le hiço Hernando Piçarro: los quales españoles le aseguran algun tanto é mitigaron su furia, diciéndole quel adelantado don Diego de Almagro era bueno y era gobernador, é que cumpliria é manteria toda verdad, y Hernando Piçarro mentiroso. Por lo qual Ynga dexó volver los mensajeros libres, é se ofresció de nuevo á la paz é de yr á ver al adelantado cierto dia señalado; y envióle con ellos una carta, quel mesmo Ynga notó con su intérprete, del tenor siguiente:

«Dize Ynga que ha de venir Almagro á se ver con él al pueblo de Yuçay, fuera del camino del Cuzco, por donde están sus guarniçiones, é que todos estarán de paz porque él tiene buen coraçon, que assi me lo ha dicho el que me guarda la *chuspa*, mensajero que le he enviado; é que en Yuçay le saldré de paz. Si por Dios: yo no miento: para esta cruz, si yo me alcé fué por los malos tractamientos que me hicieron más que por el oro que me tomaron, porque me llamaban perro é me dieron de bofetones, é me tomaron mis mugeres é tier-

ras en que sembraba. Dí á Johan Piçarro mill é tresçientos ladrillos de oro é dos mill pieças de oro de puñetes é vassós é otras pieças menudas: di á más siete cántaros de oro é plata. Dí más á Hernando Piçarro dos hombres de oro é siete cargas de oro é mucha plata. Deçíanme: «Perro, daca oro: si no, quemarte hé». Y amenaçábanme Mesa, Toro é Solares, é Maldonado tomóme la ropa, y Piçarro y Ximenez y Setiel todos estos me deçían malas palabras, é deçían que me querian quemar. Los otros chripstianos del Cuzco son poco bellacos: estos son muy malos; y si me los entregas ó los castigas, yo te verné de paz. Y para dar órden en todo, te yré á ver: á Yuçay llevarás la mitad de tu gente, é la otra mitad quedese en Urcos, porque entremos al Cuzco por dos partes; é si no quisieres venir, envíame á Rodrigo Argonez. A Pablo mi hermano trae contigo, é si no vinieres, no venga. Yo no soy indio de por ahí que tengo de mentir. Almagro, tú eres mi padre: téngote por hermano é por verdadero amigo. Quando me escribieres, envíame muchos juramentos. Ahí te envío un puercó para que comas, é si ovieres menester alguna ropa de Castilla ó armas, yo te las enviaré; que tengo mucho. Oñate te hablará de mi parte: mira que te hablo bien y con buen coraçon. Manco Ynga Ynpangue. Y avisote que no creas los chripstianos del Cuzco, que son mentirosos, sino á mí, que no tengo de mentir.»

Vista la carta, para que Ynga en todo conosçiesse quel adelantado le manteria verdad, é que desseaba su amistad é remedio, é que por su parte lo procuraba, le envió al capitan Ruy Diaz, hombre de buena habilidad, para que le dixesse cómo el adelantado yba á cumplir lo quel le pedia por su carta é le comunicasse otras cosas convinientes á la paz. Y luego se partió con çiento é çinquenta hombres de

pié é de caballo al pueblo de Yuçay, ques dos leguas de Tambo, donde el dicho Ynga estaba para verse con él, y en el camino tenia puestas sus guarniçiones, las quales le rescibieron de paz, y en una dellas estaba un capitan, llamado por nombre Paucal, el qual á la letra hiço al adelantado el raçonamiento siguiente:

«Oh capitan Almagro: bien sé que ternás sentimiento del alçamiento del Ynga é todos nosotros, é de los chripstianos que en la guerra avemos muerto, porque eres chripstiano, como ellos, pariente y hermano de todos é su natural; pero aunque sea justa la causa de tu pessar, quiérote haçer conosçer quánto mas justa fué la de nuestro alçamiento. El Ynga has de saber que antes que chripstianos en esta tierra viniessen era como el sol, señor soberano, é tenémosle por su proprio hijo; é nosotros los orejones sus cavalleros exentos, temidos, acatados é honrados de nuestras nasçiones, comiamos é bebiamos é holgábamos sin que nadie nos pidiesse la cuenta; otros lo labraban é sembraban é comiamoslo nosotros. Nuestras mugeres é hijas estaban seguras, é nuestras haçiendas é casas sin rescibir perjuicio de nadie. Agora, despues que los chripstianos venistes, de libres nos heçistes esclavos é de señores sus siervos. El Ynga perdió su reputaçion é auctoridad, é nosotros la libertad é refrigerio: en lugar de ser servidos, os serviamos; é lo que no sabiamos ni acostubrábamos aprendimos para nuestro contentamiento. Heçímonos obreros é fundamos vuestras casas; labradores, sembramos las tierras con nuestras propias manos; residimos en vuestras casas dexándolas nuestras. Aveys seydo tan mal agradecidos, que en lugar de nos tractar bien y mantener en justiçia, nos tomásteys nuestras mugeres é hijas para mançebas: robáste nos nuestras haçiendas, quemándonos é aperreándonos para nos las sacar, TOMO IV.

injuriando nuestras personas con malas palabras; y lo que más sentimos y desmaya nuestros coraçones es que un señor natural que Dios nos dió, que tan estimado, servido é querido é acatado ha seydo, sea tractado como el menor de nosotros. Por estas causas avemos hecho lo passado; y pues tú agora vienes y publicas otra voluntad y haçes otras obras, deçimos, y yo en nombre de todos, que os tornaremos á servir y estaremos de paz, como de primero, guardando lo que tú nos guardares. Si piensas haçer lo que debes é lo que diçes que tu Rey te manda, declárate con nosotros, é si no, luego nos desengaña, porque con tu venida nos hemos holgado; y seas muy bien venido. Tenémoste por padre é por señor é por defensor de nuestros agravios. Ruego al sol todopoderoso te ponga en voluntad que lo cumplas, porque nosotros seamos bien tractados é tú nos gobiernes con tranquilidad é sosiego.»

Con esto acabó aquel capitan, dexando al adelantado admirado de sus palabras y con mucha lástima: é ninguno le oyera sin tener la mesma, aunque fuera de piedra; porque assi como acabó de hablar, le ocurrieron á los ojos tantas lágrimas, que no eran sino chorros ó torrentes más copiosos que nunca en hombre se pudieron ver, con no menos sospiros, y volvió la cabeça sin poder más deçir.

El adelantado en pocas raçones dixo que presto vernian las cosas en mucha paz é descanso, mediante la graçia de Dios, é que estoviessen seguros, que por su parte todo avria buena conclusion. É proçedió adelante, muy espantado de aver oydo tan sábiamente deçir aquel capitan las culpas de los chripstianos é la justiçia de los indios é con tanta verdad.

Llegado á Yuçay, hiço saber al Ynga (aunque él ya lo sabia, porque tenia postas por toda la tierra) cómo era llegado,